

Prometeo Becado

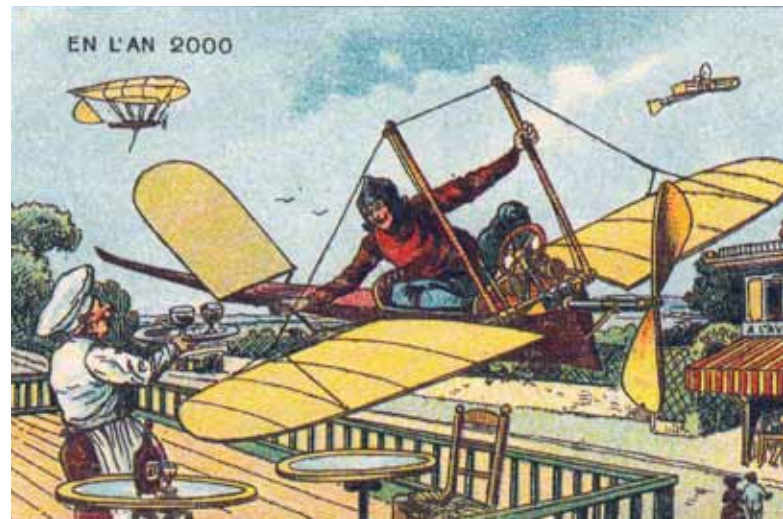
y la flama de la *Enciclopedia de la Literatura en México*

Mario Conde

UNA FORMACIÓN DE MESEROS HACÍAN guardia al lado de las mesas para evitar que algo rompiera el orden de los manteles y cubiertos imitación de platería; algunas mujeres desfilaban hacia los baños, entraban con un gesto natural y salían con la boca más roja, las pestañas más negras y largas, el rubor acentuado; un hombre de chamarra verde y lentes sin personalidad recorría una por una las cinco pantallas de plasma que mantenían en reposo sus cuarenta pulgadas de elegancia mientras un cuerpo de periodistas apuntaban sus *Canon* a la nada.

La Fundación para las Letras Mexicanas, institución que se ha encargado de formar jóvenes promesas de la escritura desde 2003, recibía en su edificio (el del número 16 en la calle Liverpool) a una mezcla heterogénea de entusiastas y promotores de la cultura: desde los titanes de CONACULTA que se codeaban con semidioses de la investigación hasta nosotros, los mortales, representados por los becarios de la misma FLM.

Para ingresar a la justa troyana de la escritura, la Fundación ofrece un programa de becas anuales; veinticinco seleccionados son instruidos en su área de especialización (narrativa, ensayo, poesía o dramaturgia) en tutorías semanales, donde el becario expone su escritura ante sus contemporáneos y el ojo experimentado del tutor. Es de esperarse que en dicho entrenamiento corra sangre, pero los becarios se van haciendo de un callo espartano y aprenden a soportar los constantes embistes de la crítica.



Villemard, *Visions de l'an 2000* (1899)



Pero la generación 2011-2012 fue recibida con una oferta de trabajo que simplemente no se podía rechazar: la FLM y CONACULTA esperaban un retoño cuyo sano desarrollo dependería del trabajo de los becarios. El primer día del periodo un grupo de radiantes becarios que esperaban con ansia su primer pago fueron reunidos en el llamado “Salón del espejo” —no busquemos lo intrincado del nombre, es un salón con un espejo inmenso en una de las paredes— para recibir la bienvenida en boca del presidente y el director general de la Fundación —Miguel Limón y Eduardo Langagne, respectivamente—, dos hombres que debido a su cercanía con los becarios, éstos les han dado el cariñoso de “jefes”. Así pues, además de las palabras de aliento para el año venidero y la consabida presentación entre compañeros, escuchamos por primera vez sobre la *Enciclopedia de la Literatura en México* (elem.mx).

El inicio del proyecto, dicho sea de paso, no fue recibido con la alegría esperada. Estábamos asustados. Dedujimos que una base de datos que contendrá todos los autores que hayan generado obra en nuestro territorio nacional desde el siglo xv no podría sacarse de Wikipedia, ni qué decir *El rincón del vago*: hay que mantener el estilo. Pero, como ya se mencionó, era una oferta que no se podía rechazar, en parte por la funcionalidad y prestigio del trabajo, en parte porque estaba en el contrato.

Por supuesto que un proyecto de tales proporciones requería la organización y funcionalidad de una

maquiladora vietnamita, y nos tomó sólo un bimestre hallar los vientos alisios con los que navegamos semana a semana. Nuestro guía para bajar la antorcha literaria desde el Olimpo fue Jorge Mendoza Romero, que como buen héroe fue reclutado desde las filas mortales a las que otrora perteneciera (becario de los periodos 2008-2009 y 2009-2010). Aunque en muchas ocasiones el gusto de entregar el fuego a los hombres y sentir que le devoraban el hígado eran una misma cosa, pues soportó con la paciencia de Vivianita frente a Cruz Treviño las insolencias de nuestras entregas semanales, el desconocimiento de las materias de estudio, la redacción cacofónica y los inevitables retrasos (una cosa es que sople el viento en popa y otra que los peones se emborrachen en la cubierta).

Lo primero fue repartir autores por equipo, cosa de la que todos llegamos a desconfiar, pues veinte años en nuestro sistema escolar nos enseñaron que “trabajo en equipo” es otra forma de decir “que lo haga el que sabe y que ponga el nombre de todos”. Evitamos esta contingencia poniendo en manos de cada becario un artículo distinto, el retraso de uno significaba una entrada incompleta, pero no le estorbaba al trabajo de los demás. Así podíamos convivir pacíficamente con, por ejemplo, un desdentado colega quien se quejaba de que habían cometido la imprudencia de exigirle un artículo bien corregido cuando él no había dormido sus ocho horas.

Sin duda que el trabajo en la Fundación no hubiera sido igual sin todos esos incidentes que le imprimieron cierto folklor al asunto: por aquí una compañera regaña al que no hizo nada, por allá dos becarios huyen de la sesión para revisar el avance de los artículos; la amiga que le llora a la pantalla mientras escribe frenéticamente y el que carga quince libros porque le tocó la bibliografía: momentos en que la tensión llenaba el aire de una camaradería inusitada, un sentimiento de hermandad que nos motivó a seguir cuando terminábamos nuestro respectivo artículo sólo para darnos cuenta de que no habíamos escrito una página de trabajo propio. Pero como nos recordaban a cada momento, había que

aprender que el escritor no vive de becas, que algún día tendríamos un trabajo distinto y la cosa está en hallar el momento para escribir. Esa enseñanza nos quedó más que clara.

Para minorizar la carga de estrés, repasábamos en letanía las ventajas de lo que estábamos construyendo. Todos enfatizaban las ventajas de una herramienta virtual sin precedentes; no faltó incluso el comentario ecológico sobre las ventajas de la ausencia de impresiones, aunque a inicios del periodo nuestras entregas eran en papel, así que todos los árboles que salvábamos por no hacer tomos de enciclopedia terminarían su vida como borradores con tachaduras. Entonces bendicimos tres veces el nombre de Google y su herramienta *Docs*, que nos permitía trabajar en tiempo real desde la computadora de cada uno, con guardado automático y sin impresiones. Alabamos el hallazgo antes de deseárselo una muerte lenta y dolorosa; era siempre curioso (por no decir pintoresco) que de entre los varios patronos que mantienen económicamente activa la FLM se encuentre la gran compañía telefónica nacional, pues el edificio que alberga los cubículos donde trabajan los becarios pierde la señal de Internet cada que un coche blanco cruza Reforma. Debe ser algún tipo de ironía, Ironía poética. El caso es que vernos incomunicados con la súper red de información era el pan de todos los días. Y uno bastante duro.

Aquel día en que la Enciclopedia se volvía cancha oficial, el mapa conceptual que contiene la vida y obra de Alfonso Reyes no cargaba del todo y los veintitrés becarios (no faltan los gloriosos que deben partir antes a épicas empresas) nos aferramos a nuestra silla temerosos de que el *router* hiciera su última jugada cruel. El técnico, sagaz y siempre laborioso, corrió al cuarto de máquinas y arregló el desperfecto con la velocidad que lo caracterizó todo el año, en los momentos que no había ido a comer y le pedíamos ayuda como a un sabio de la montaña. ¿Que la lluvia dañó los cables?, ¿que la compañía canceló los módem?, ¿que el servidor se alentaba con el Google Chrome? Nada era demasia-

do y en tan sólo veinticuatro horas no quedaba rastro alguno del problema, tanto así que la falta de conexión parecía sólo un mal sueño. Uno recurrente.

Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos Fuentes, Ramón López Velarde y el ya mencionado don Alfonso eran los primogénitos llorando en la incubadora de la *world wide web* y que nosotros mirábamos con una mezcla de ternura y cansancio. Algunos, como buenos padres, se rascaron la cabeza con ojos de “¿y ahora qué hago?” A todos nos pareció una presentación excepcional, más aún a los estimables miembros de la prensa, cuando Consuelo Sáizar abrió la sección de preguntas y respuestas, los corresponsales, fieles a la tradición periodística mexicana, guardaron un respetuoso silencio como alumnos de secundaria frente a la maestra. Fue obvio que todo había quedado clarísimo.

Como último gran gesto de amor entre la FLM y CONACULTA, propusimos una fotografía de conjunto. Los becarios empezábamos a sentirnos sinceramente alegres. Felices. ¿Cuántas personas tienen la oportunidad de volverse especialistas académicos de dos autores en doce meses? Habíamos sintetizado programas de posgrado enteros en artículos amables cuya lectura fungirá como ayuda a legos y eruditos por igual.

Con la consigna del sabio Reyes, “entre todos sabemos todo”, nos abrazamos frente al elegantísimo cartel que presentaba el nombre de la Enciclopedia. De veras que estábamos felices; el parto fue doloroso, pero el niño había salido rosado y cachetón. ▲▲

